

No al olvido

Una noche fría en el Cabo de Hornos, Kanu, una niña curiosa, valiente y decidida, escuchaba a su abuelo contar historias sobre los yagán, como hacía cada noche antes de dormir. El fuego crujía mientras la voz del anciano, suave y cansada, hablaba de un tiempo antiguo, cuando su pueblo vivía en armonía con el mar y la tierra.

Pero esa noche, Kanu sintió algo distinto. Un vacío, una tristeza que no sabía explicar. Al terminar la historia, preguntó en voz baja:

—Abuelo, ¿por qué somos los últimos yagán?

El abuelo la miró largo rato antes de responder.

—Porque dejamos de vivir como ellos. Olvidamos nuestra lengua, nuestras costumbres. No es la sangre lo que nos hace yagán, Kanu. Es la memoria.

Kanu quedó en silencio. Pero algo en su mirada cambió. Esa misma noche decidió que no quería olvidar. Al día siguiente, le pidió a su abuelo que le enseñara todo lo que él sabía. Él sonrió con orgullo y aceptó.

—Entonces ven —dijo—. Aprenderás lo que yo aprendí de mi padre, y él de su padre.

La primera lección fue la caza marina. Usaron arpones de hueso y madera para cazar lobos marinos y aves. Al principio, a Kanu le costaba mucho. Sus manos eran torpes, se cansaba rápido, fallaba los lanzamientos.

—No te preocupes —le decía su abuelo—. Lo importante no es hacerlo perfecto, sino hacerlo con respeto.

Con el tiempo, Kanu mejoró. También aprendió a recoger mariscos. Caminaban por la orilla al amanecer, buscando almejas y mejillones entre las piedras. Mientras trabajaban, su abuelo le contaba historias de los antiguos yagán.

—Escucha el mar —le decía—. Si pones atención, vas a notar que también sabe hablar.

Kanu empezó a ver el mundo de otra forma. Comprendió que su cultura no estaba solo en las palabras, sino en todo lo que hacían: en cómo pescaban, cómo caminaban, cómo agradecían a la tierra.

Un día, mientras miraban juntos el atardecer, el abuelo le habló con voz firme:

—No basta con recordar, Kanu. Hay que vivir como vivíamos, para que no se borre lo que somos.

Ella entendió su mensaje. Años más tarde, cuando su abuelo ya no estaba, fue ella quien comenzó a enseñar. Reunía a los niños alrededor del fuego, les contaba historias, pero también los llevaba al mar, les mostraba cómo escuchar, cómo aprender.

—Esto no termina conmigo —decía Kanu—. Mientras uno recuerde, los yagán siguen vivos.

Agustina Paz Aguilar Maldonado